

# VERGARA

Por Federico DE ZAVALA

**E**S agradable el pasear en las primeras horas de la mañana, por las calles de un pueblo en fiestas; claro es que siempre que uno haya pasado una buena noche.

A esas horas todavía hay muy poca gente y apenas se nota algo anormal; además participan del maravilloso encanto de las vísperas, de esa sutil alegría que flota en el ambiente de un pueblo que va a divertirse.

Las calles de Vergara presentaban, aquella mañana, el aspecto de otros días, pero los rayos del sol estaban llenos de contento, ellos, ellos anunciaban, en los dormidos cristales, a la fiesta.

Todavía era muy temprano y la mayoría de las personas que transitaban por las calles de la villa eran aldeanas con sus burros cargados de productos del campo y del caserío. Paseando, di con varios de estos animales. Era en una plazuela admirable, alegre y bonita, como aquella mañana. En esta plazuela se levantaba una casa con una hermosa fachada renacentista, y atados a unas argollas y también a los barrotes de sus ventanas había bastantes burros. La mayoría de ellos eran pequeños animales, con el pelo recortado y limpio. Formaban un grupo armónico, lleno de carácter y de poesía. Era una bella estampa campestre en medio de la ciudad.

La villa de Vergara es una villa hermosa y la hermosura la debe casi exclusivamente a los hombres. Los hombres han construido en Vergara una serie de casas y de palacios que son una maravilla. Vergara, al revés de muchas otras poblaciones en las que su historia ha desaparecido completamente de sus calles, ha conservado en sus casas, en sus plazas, en sus rincones todas las viejas esencias de un glorioso pasado. Las torres de las antiguas familias, los amables parques señoriales, los complicados escudos, parecen que nos están contando las historias de otros tiempos, la de los Ozaeta, Gaviria, Rezabal y la más reciente de la primera guerra civil. Por estas calles anduvieron don Carlos María Isidro, Maroto y Espartero; en esta Iglesia de San Pedro entró a oír una misa mayor solemne, Pello Leguía, comisionado por Aviraneta para preparar el terreno para el Convenio.

Andando por sus calles, en una mañana de fiesta, alegre y jubilosa, no me cansaba de contemplar estas casas y estos palacios armeros que salían a mi paso.

A la vuelta de cualquier esquina me encontraba con un rincón de insólita belleza. Como éste que forma la fachada del convento de las monjas franciscas; rincón solitario y recóndito, con aquella calle entre cuyos adoquines nacía un finísimo hierbín, como el bozo de un adolescente.

Las horas transcurrían insensiblemente y Vergara se iba llenando de gente. De la plaza de San Martín venía un ciamoreo de voces, eran las voces de los charlatanes de feria a través de los estridentes altoparlantes.

¡Qué noble es esta plaza de San Martín! La rodean unas piedras venerables. Las arcadas de la Casa Ayuntamiento, las arcadas del Real Seminario y, por uno de sus lados, las fachadas de unas casas con complicadas

labores y ventanas de graciosos arcos canopiales.

Era el mediodía; en el paseo de España había concierto, tocaba la Banda municipal. Bajo los árboles del paseo el sol se filtraba entre la multitud que pasaba o se sentaba alrededor de pequeñas mesas.

\* \* \*

Frente al Casino Vergarés se levantaba la antigua torre de Olaso y, a lo largo de toda la calle, las rejas de un jardincillo. En uno de sus extremos, bajo los muros negros de una hermosa casa, había un glorieta. La glorieta estaba llena de gente que contemplaba la animación, el ir y venir de las personas, mientras tomaban su chocolate. La casa tenía una salida enristrada...

Del vecino Casino llegaban los sonos de la fiesta. En el aire de la tarde había un eco de voces, de pitos, de músicas extrañas y de banderas.

Vergara, la noble y leal villa, estaba de fiestas. Entre los rayos del sol brillaban las banderolas de la plaza de toros, mientras Ramón Edo sepultaba su acero en lo alto del animal.